

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes.	6 reales.
Por tres id.	16 »
Por seis id.	32 »
Por un año.	60 »

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, en la Adminis-	
tracion ó por comisionado. . .	24 reales
Por seis id.	42 »
Un año.	80 »
ESTRANJERO, tres meses.	30 »
ULTRAMAR, un año.	6 pesos.

La suscripcion empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,

Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripcion cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.



GIL BLAS.

EL BANCO NACIONAL.

El Sr. Alonso Martinez se presentó el miércoles en el Congreso, y dijo: Hágase el *Banco Nacional*.

Siete ingleses son los encargados de llevar á cabo el pensamiento del ministro.

¡Ingleses! Ingleses habian de ser.

La noticia corrió por toda España, y GIL BLAS acaba de recibir la siguiente correspondencia:

Muy señor mio:

A Vd., como á todo español, le constan los sacrificios que no he hecho por servir al público.

Mis billetes entran y salen en todas partes, ménos en mi casa; cuando yo me creía sólo y único explotador de la riqueza pública, hé aquí que el gobierno funda otro Banco.

¡Antes morir que consentir tiranos!

Este fué mi primer grito, pero luego reflexioné que el verso es bastante malo, y abandoné la idea.

Me dispongo á luchar contra los ingleses y contra el gobierno,—que para mí viene á ser lo mismo.

Tengo un cañon cargado con billetes de cuatro mil, y en cuanto vea al enemigo, hago fuego, gritando: ¡La bolsa ó disparo!

Yo no me dejo arrancar la presa á dos tirones.

Soy español, muy español, eminentemente español,—como que no pago.

¿Hay quién sea más español?

Me dirijo á pechos españoles que sabrán comprender mi justa indignacion.

Ciudadanos: desde la plaza de la Leña, cuarenta cambiantes me contemplan.

Que digan ellos si hay quien me arranque un real de plata.

He dicho, y me vuelvo á los sótanos.

Estoy á sus órdenes siempre que quiera papel, atento seguro servidor Q. B. S. M.

EL BANCO DE ESPAÑA.

Caballerito:

La alarma ha llegado hasta este rincon en que hace meses me tienen amarrada sin dejarme ver el cielo.

Yo soy la onza, la muy amada de las mujeres, la solicitada de los hombres de orden, la guardada por el honrado menestral.

Apenas ha circulado el rumor del nuevo *Banco Nacional*, un consejo de familia ha dispuesto de mi suerte.

—¡Hija de mis entrañas, dijo mi amo, la cosa se va poniendo negra!

Y me dió un beso.

Después llegó la mujer de mi amo, y me hizo sonar contra las baldosas.

—¡Angelito! decia, ¿quién te quiere á tí?

En esto entraron los hijos de mis amos, y se pusieron de rodillas.

Un color se me iba y otro se me venia con estas adulaciones. Creo que á no haber sido tan intrínsecamente amarilla, me pongo como una amapola.

Pasaron algunos instantes, y haciendo luego un hoyo en el suelo, me enterraron sin compasion.

Hé aquí las últimas palabras de mi amo:

—Dicen que el *Banco Nacional* es cosa de los ingleses. Guardemos la onza. Antes no habia más que un enemigo, y ese estaba en Madrid; pero el *Banco Nacional* estará en toda España. ¡Ojo á la onza!

Con este motivo, señor redactor, no puedo ofrecerme de Vd.; pero le envío mis recuerdos.

Consérvese Vd. al aire libre, mientras yo vivo entre cadenas y á la sombra.

LA ONZA DE ORO.

Querido amigo:

Pensando piadosamente, no sé si vivo ó si muero, aunque esto mismo pudieran decir mis colegas.

Tengo una pata rota, y me dan cada desazon los ingleses, que no hay por dónde cogerme.

Pero ¡qué demonio! Todos los cojos van á Santa Ana....

He oido decir que el gobierno echa mano de los ingleses para la fundacion del *Banco Nacional*.

Suplico á Vd. diga al gobierno que, si quiere ingleses, yo se los proporcionaré sin necesidad de salir de España.

Yo estaba dispuesto á darlos muy baratos; mas considerando que es para la nacion, los ofrezco de balde.

Esta es mi divisa:

«Se ceden ingleses á mitad de precio.»

Suyo afectísimo amigo,

EL BANCO DE ECONOMÍAS.

Parroquiano:

En mí tiene Vd. el pan de cada dia y el café de cada noche.

Yo doy mil vueltas por Madrid en una hora, consuelo á mil afligidos y alimento mil estómagos.

En una palabra, hoy por hoy, no hay quien me tosa. En la capital no hay más que una peseta; el dia que se cambie por 34 cuartos, ¡adios mi dinerol!

Todos me buscan, todos me halagan;
soy el factotum de la ciudad.

Me han dicho anoche en el café de la Perla, que el *Banco Nacional* va á ser el Trafalgar de la moneda.

¡Nos veremos las caras, si señor, nos veremos las caras y las cruces!

Pues no faltaba otra cosa sino que viniera un nuevo Banco á inundar de papel todas las provincias, y á recoger las pocas huérfanas que quedamos para contarlas.

Yo tengo vergüenza, y prometo no resellarme ni pasarme al extranjero.

El dia que yo salga de España, vendrá el diluvio.

Lo prometo desde ahora, y adios, que me escuro como de costumbre.

¡Hay cien ojos que me miran!

Suya de vez en cuando,

LA PESETA.

Respetable Señor:

Perdone Vd. si desde mi humilde esfera me atrevo á llamar su atencion.

Yo soy africano de pura sangre y de pura pobreza: huyendo de los ingleses, abandoné el imperio de Marruecos, y me vine á Algeciras en compañía de unos gitanos.

Desde entonces he recorrido media España, y no queda plaza de mercado que no me haya tenido gloriosamente en su seno.

Tal es mi vida, y me encuentro con ella muy honrado, porque donde falta la plata hago yo siempre un papel decente.

He sabido con alegría que el *Banco Nacional* va á lanzar papel en pequeñas dosis á todos los mercados.

Me alegro mucho; así desaparecerá la poca plata que queda, y yo me elevaré á las nubes.

¡El porvenir es mio!

Soy de Vd. y de cualquiera, afectísimo servidor,

EL OCHAVO MORUNO.

Hé aquí la opinion que se ha formado en los bolsillos á la simple noticia de la creacion del *Banco Nacional*.

Luis Rivera.

UN CAPÍTULO

DE

LAS AVENTURAS DE LEOPOLDO.

(Imitacion del *Telemaco*.)

Leopoldo no podia consolarse de la partida de Rios Rosas. En su dolor, se consideraba desgraciado siendo liberal. Ya no resonaba en su oreja el eco estrepitoso de aquella voz, ni aun le saludaban los diputados que le seguian. Paseábase solo alrededor de los cuarteles, que le traian á la memoria el más agradable invierno;

pero lejos de hallar en aquellos sitios el alivio que á su pesar buscaba, le entristecía pensar en los disidentes, que poco á poco le habían abandonado. Alguna vez solía quedarse inmóvil en la ribera del Manzanares regándola con sus programas, pero fija siempre la vista en el camino de Vicálvaro, por donde Dios le había venido á ver.

Así se hallaba, cuando distinguió los restos de una carreta que acababa de volcar: por una parte se veían hechas pedazos las ruedas; por otra se descubrían sacos de paja y cebada medio enterrados en el fango. Poco después divisó á lo lejos dos hombres, de los cuales el uno le pareció anciano, y el otro, si bien joven, muy semejante á Rios en la afabilidad de su carácter, en la belleza de su rostro, y hasta en la gravedad de su paso. Al instante conoció Leopoldo que este era Rios Acuña, sobrino de aquel héroe, pero no pudo adivinar quién fuese el anciano venerable que le acompañaba, porque aunque la sabiduría de los ministros es infinitamente mayor que la de los hombres todos, sin embargo, no es dado á los vicalvaristas penetrar los arcanos de los conservadores, y don Ramon, que bajo la figura de Mentor acompañaba al angelito, no quería que Leopoldo le conociese.

No obstante, alegróse de tener tan cerca á aquel sobrino tan parecido á su tío, y dirigiéndose á él, le dijo como si no le conociera:

—¿Cómo te atreves, joven temerario, á entrar en mi insula? Sabe ¡oh extranjero! que nadie, sin mi permiso, come del presupuesto en ella.

A lo que el mancebo contestó:

—Quien quiera que vos seais, miliciano nacional ó monaguillo, aunque al veros es preciso teneros por las dos cosas, ¿podreis ser insensible á la desgracia de un sobrino, que por no abandonar á su tío, ha visto atascarse el carro de su fortuna en los escollos de vuestra política?

—¿Quién es, pues, tu tío? preguntó Leopoldo.

—Rios Rosas, respondió el niño; uno de los oradores más poderosos de la Asamblea; por su calor en sus disputas, y por la poca prudencia de sus consejos, se ha hecho su nombre célebre en todos los periodos ministeriales. Mas ahora, divorciado de la Union liberal y sin destino, anda errante por los mares de la disidencia, haciendo los mayores esfuerzos por llegar al poder, que parece huye de su vista; de modo que su amigo Silvela y yo, hemos perdido ya la esperanza de volver á ser colocados.

Por eso en mi desvelo
á Dios mi queja envío,
y me oye el alto cielo
decir ¡qué tío!

Tan sorprendido y enamorado quedó Leopoldo de la discrecion y cordura del mancebo, que ni sabía qué responderle, ni se cansaba de mirarle. Por fin, rompiendo el silencio, le dijo:

—Yo te instruiré de cuanto me ha pasado con tu tío; pero es muy larga la historia, y ahora más es tiempo de que te tranquilices que de otra cosa. Ven á mi morada y déjate de tonterías, que lo que estamos haciendo entre todos es el caldo gordo á los moderados y absolutistas.

Mentor que les seguía con los ojos bajos, no pudo menos de reírse para sus adentros, y juntos llegaron á la entrada de la gruta de Leopoldo, empapelada con hojas de la ordenanza, y que tenía una salida al Campo de Guardias y otra al ministerio de la Gobernación. Sobre cada una de ellas se leía el siguiente letrero: en la primera:

Si quieres ver lo que valgo,
no mires por donde entro,
mira, sí, por donde salgo.

Y en la segunda:

Quien duerma en esta posada,
podrá decir muy tranquilo
que no tiene miedo á nada.

(No se continuará.)

M. del Palacio.

ESPAÑA Y BARATARIA.

Sancho Panza hecho gobernador de burlas, ¿no les parece á Vds. el pueblo español hecho libre?

Toda su permanencia en la isla es pura alegoría de nuestro estado de ilusoria libertad, y estoy seguro de que en este punto el libro de Cervantes fué escrito en profecía.

A él le proponen el caso de las caperuzas, y el de la bolsa del ganadero, y el de la cañaheja, y el de la moza «honrada y valiente», y él lo resuelve todo de manera que mueve á admiración á los circunstantes.

Pero llega la hora de comer, y el doctor Pedro Recio no le deja comer fruta por húmeda, ni otro manjar por caliente, ni perdices, *quarum saturatio pessima*, ni conejo, ni ternera, ni olla podrida, sino «canutillos de suplicaciones y tajaditas sutiles de carne de membrillo» para que le ayuden á la digestión... de lo que no ha comido.

Pues á eso íbamos.

Al pueblo español le proponen el problema del primer Bonaparte, y él lo resuelve heroicamente; le proponen el de la ley sálica, y le hallan la solución al cabo de siete años de desangrarse; le van á proponer entretanto el de las comunidades religiosas, y él dice *fiat lux*, y arden conventos; él en un día pone en claro el problema de la regencia y rompe con la ley de ayuntamientos, trasforma el diezmo, quita el señorío, y así como Sancho Panza se sentó á la cabecera de una mesa cubierta de frutas y mucha diversidad de manjares, el pueblo español se encontró obsequiado con muchedumbre de apetitosos derechos.

El pobrecillo había trabajado un rato y traía el apetito consiguiente, pero...

Este pero es la única fruta que acompaña á toda proclamación de derechos populares.

Pero hay para el pueblo español un Pedro Recio, que sin vanidad puede llamarse, no Recio, sino Robustísimo, cuya vara toca inmediatamente los manjares, apenas trata él de llevarlos á la boca.

En el banquete constitucional tiene el pueblo la igualdad ante la ley; pero aún no ha podido averiguar qué ley es esa, donde un español sea igual á otro español.

Quiere usar derecho electoral, pero la ley electoral no hace iguales sino á un corto número de gente que tiene dinero.

Lleva la mano á la imprenta; pero la ley de imprenta no le hace igual al que tiene dinero.

Quiere vivir en paz, en tiempo de paz, y le obliga á pagar contribución de guerra, si no tiene dinero.

En fin, que es cosa ya de andarse preguntando uno á otro: ¿me sabrá Vd. decir cómo se llama esa ley ante la que, según se dice, todos somos iguales?

Y como creo que nadie sabría responder á esta pregunta, creo también que mejor sería interpretar el artículo, diciendo: «Todos los ministerios serán iguales en el poder.»

Rebaja en el ejército, no la catamos, porque enfria; Milicia nacional, no puede ser, porque calienta; libertad de imprenta, no hay quien la dé, porque acrecenta la sed y «consumiría el húmedo radical donde consiste la vida»; libertad de crédito, desacreditaría al Banco; enseñanza libre, ¡librenos Dios de lo que se enseñaría! abolición de la pena de muerte, dejaría pereciendo á los benéficos verdugos.

Y el pobre Sancho, digo, el pobre pueblo clama al cielo con hambre y sed de derechos y libertades, y casi como Sancho llegaría á contentarse con «un pedazo de pan y una cebolla», receloso de que se vaya á morir de «muerte adminícula y mala como es la del hambre.»

A Sancho con hambre le ofrecen digestivos; al pueblo esquilado le levantan un teatro de ópera italiana.

El pobre que sirve en una aldea de la Mancha sin escuela y sin botica, paga un tanto al año para que en el Real Conservatorio de Madrid le enseñen á bailar si gusta de ello.

Y ¿qué? ¿son más verdaderos los derechos del pue-

blo español, más ciertas y reales sus libertades que el gobierno de la insula Barataria?

Si alguna diferencia hay entre la una y lo otro, es en favor de Sancho; porque para no comer tuvo al fin un motivo poderoso.

Díjole el maestresala, que me gozo en figurarme que le estoy oyendo:

«También me parece á mí que vuesa merced no coma de lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas monjas, y como suele decirse, detrás de la cruz está el diablo.»

¡Y el pobre pueblo lo único que por fuerza ha de tragar es lo que le presentan monjas!

No lo comió Sancho, y en esto fué él más verdaderamente gobernador de su insula, que el pobre pueblo señor de sus constituciones.

Y cuando después el zaino labrador le pide seiscientos ducados para poner casa á su hijo el bachiller, Sancho coge la silla, y amenazándole con ella, le dice: «¿y dónde los tengo yo, patán rústico y mal mirado?» de lo cual no quiero hacer alusión alguna, porque no me comparen con González Brabo cuando suponía que el bello ideal de la justicia era ver ahorcado á un ministro.

Pero si recordaré al lector benévolo, que Cervantes, al pintar el caso de la petición de los ducados para poner casa al bachiller, presintió indudablemente que con el tiempo habían de venir ministros socarones que á un pueblo en ayunas, como Sancho, le pedirían centenares de millones para otros bachilleres bragados y ex-ilusos.

Y sostendré toda mi vida que *Don Quijote de la Mancha* es una alusión anticipada á los actuales sucesos del mundo, y que la insula Barataria es toda España, y Sancho Panza gobernador es el pueblo que se cree libre, y dicho está, y no me vuelvo atrás, y peor será para el que no lo crea.

Roberto Robert.

FOTOGRAFÍA CÓMICA DE LAS CORTES.

Hay que oír á D. Leopoldo para amarlo de veras.

Alto, peli-cano, hundido de pecho, largo de piernas, largo de brazos, largo de lengua, con el bigote retorcido y la perilla microscópica; cuando se levanta en el Congreso, Posada tiembla y Rios Rosas escucha. En el interior de estos individuos pasa algo que puede traducirse, sin duda, por esta frase:

—¿Por dónde se apeará S. E.?

Continuaba el jueves la discusión sobre el proyecto de ley, fijando la fuerza del ejército para el próximo año económico.

Después de hablar en contra el Sr. Figuerola, tomó la palabra D. Leopoldo, y dijo en sustancia:

—Señores diputados: yo dije una vez que no moriría de empacho de legalidad (*incomodándose*), y si lo dije, dicho está, porque lo que yo dije es lo mismo que ahora digo y diré cuantas veces me salga de adentro. No moriré de empacho de legalidad, y si en mi mano estuviera, no moriría de nada. ¿Hay alguno de vosotros que desee morir? Me dirijo especialmente á la mayoría que cobra sueldo. Que cada cual meta la mano en su bolsillo, y me conteste con sinceridad.

Entro ahora á contestar al Sr. Figuerola en ese laberinto de *Cleta* que ha armado con sus palabras.

En primer lugar, señores diputados, decía el señor Figuerola que teníamos mucho ejército; pero es el caso, que cuenta á la guardia civil, que es fuerza de orden, y que no debe moverse de sus puestos, sino cuando ocurra novedad.

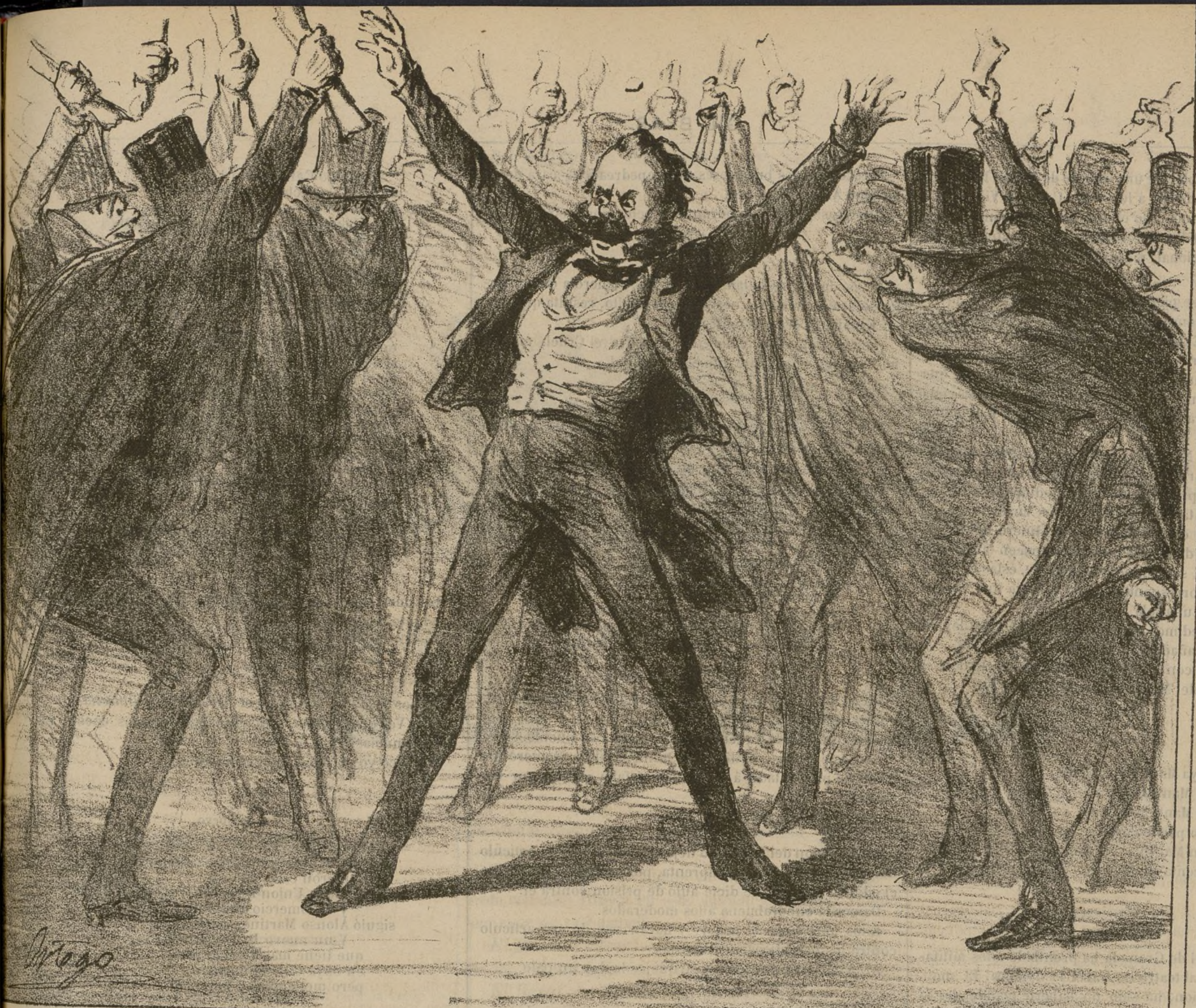
Yo defiendo los ejércitos permanentes, porque con ellos no hay necesidad de guerras, y podremos echar nuestro peso en la balanza.

Si tenemos ejército permanente, aunque cueste mucho dinero, podremos darnos tono.

Por ejemplo:

Una nación europea se asoma á los Pirineos, ve nuestro ejército permanente, tendido ó de pié, y exclama: ¡hola! ¿Comprendeis lo que significa este hola? Pues bueno, aquí teneis explicada la necesidad de que gastemos muchos millones, para poder echar nuestro peso en la balanza.

Los ejércitos improvisados no valen un pitoche. Yo no doy una peseta por un ejército improvisado. Ejemplo, los Estados-Unidos, donde cada batalla era una carnicería hasta que se acabó la guerra, porque el más



PRIMER ACTO DE I DESIDENTI, OPERA BUFA.

D^a ANTONIO.

Partiam, partiam amici,
fugian de questo luogo,
io sono un cane doño
qui voglio gobernar.
Se il perfido destino
mi allonta dalla Unione,
la gorda desazone
li vado preparar.

CORO.

Partiam, partiam, amici,
seguir la sua bandiera,
l'estómaco si altera,
e forza manducar.
En faccia dal govierno
gridemo dimissione,
e poi la negra Unione
de subito morrá.

fuerte venció al más débil, cosa que no sucede entre dos ejércitos permanentes, porque siempre triunfa... el más permanente, que es el que puede echar su peso en la balanza.

Este argumento entraña una alta filosofía militar, que yo no sé hasta qué punto podreis comprender.

Me habeis hablado de la guerra civil; ¿y qué? ¡vamos! Yo también estuve, yo también eché mi peso en la balanza, y mi hermano también estuvo y también echó su peso en la balanza. Todavía me acuerdo que cobraba poco y mal, y que anduve con la camisa sucia. Pero yo era joven y calavera, y ahora no soy más que calavera, porque estoy calvo. Mucho siento no poder echar mi peso en la balanza de la juventud.

En materia de ejércitos permanentes, ahí está la historia del gran Napoleon, más grande que César, Anníbal y Narvaez. Aquel sí que podía echar su peso en la balanza, y si se retiró de Rusia, fué porque llevaba muchos soldados sin bigotes.

También se ha dicho que la administración militar es defectuosa. ¡Vaya un argumento de chicha y nabo! Más defectuosa es la administración civil, y echa su peso en la balanza.

No seré yo quien disminuya en lo más mínimo el cuadro de oficiales generales. Un general, la palabra

lo dice, sirve para todo y de todo sabe un poquito, y en todo puede echar su balanza.

Conque no nos venga el Sr. Figuerola diciendo que cuesta muchos millones el ejército, cuando en realidad el ramo de guerra solo cuesta a la nación la cuarta parte del presupuesto. (*Dando un gallo y levantando los brazos.*) ¡La cuarta parte, nada más, señores diputados! Como quien dice, una miseria.

Yo también quise echar mi balanza en la cuestión que hoy está de moda, la de economías, y al efecto he suprimido la capitania general de Burgos. Esto me ha valido una silba. (*Varios diputados: ¡no, no!*) Una silba mayúscula, y me guardaré de seguir echando mi peso en la balanza.

Concluyo diciendo, que si no hubiera ejército, ¿qué sería de la sociedad el día que se pronunciara un batallón? A esto podrá responder algún inocente, que si no hubiera ejército, no habría tampoco batallón que se pronunciara. Pero este argumento lo desprecio por fútil y porque no pesa en la balanza.

He dicho.

Después de este discurso militar, se levantó la sesión y se acostó la lógica. La elocuencia hacia rato que roncaba.

CABOS SUELTOS.

Tenemos en campaña una carnicería de las más gordas.

En una población de Italia, Barletta, una multitud de católicos fanáticos, excitados por un fraile, han asaltado la casa del ministro protestante matando a muchas personas.

Los periódicos clericales de Francia y de España sostienen que la culpa fué de los protestantes, porque los fanáticos se habrán limitado a rechazar la agresión con dignidad.

Ejemplo:

Está Vd. en su casa muy tranquilo, y entran unos cuantos malhechores que le rompen la espina dorsal.

Usted tiene la culpa, porque los pobrecitos que asaltaron su casa se limitaron a rechazar la agresión con dignidad.

¡Viva el salero!

Segun el telégrafo, el diputado belga que iba a Méjico ha sido atacado por una partida de disidentes.

Pues no gastan malas bromas los disidentes de Méjico. ¿Habrá todavía quien dé poca importancia a las disidencias?

¿Han oído Vds. hablar de una especie de Museo Nacional, cuyo catálogo acaba de dar á luz el Sr. Cruzada Villamil?

La Correspondencia nos dijo el otro día que pronto se colocará la primera piedra del edificio que, destinado á Biblioteca y Museo Nacional, piensa el gobierno levantar en Recoletos

Vemos, pues, que se piensa en un Museo Nacional, y que para este objeto ha comprado el gobierno los mejores cuadros de las últimas Exposiciones de pintura.

Pues bien, caballeros; ha llegado á nuestra noticia que los diputados catalanes, valiéndose de la influencia que tienen con el gobierno, han conseguido que éste les ceda varios cuadros, para llevárselos muy serios á Barcelona.

Vamos á cuentas:

Si se hace Museo Nacional, ¿cómo se permite que los cuadros vayan á Barcelona? ¿Para qué entonces Museo? ¿Para qué gravar el presupuesto con un edificio inútil?

Si los diputados catalanes se llevan esos cuadros, por la razón de haber sido comprados con el dinero del presupuesto, y en calidad de tal creen que pertenecen también á las provincias, justo será que cada una de éstas se lleve los cuadros que le corresponden, y no se haga una excepción en beneficio de una sola.

De lo contrario, pedimos al Sr. Nocedal, que á su ley de incompatibilidades, añada este artículo:

«Es incompatible con el cargo de diputado catalán el llevarse los cuadros del Museo Nacional.»

Que ya Mantilla se viene,
que ya Mantilla se va,
que ya Mantilla formula
un voto particular;
—y con Mantilla, en mantillas
la imprenta se quedará.

El capitán general de Granada ha prohibido á los militares que concurren al teatro de Isabel la Católica. El motivo de esta prohibición, ha sido no haberle podido dar la empresa del teatro un palco que estaba abonado anteriormente.

Como un rasgo de esta especie merece que se llame á la escena al autor, añadiremos que el capitán general de Granada se llama Rubin.

—¡Ah! ¡ya! ¿Rubin de Celis?

—No señor, no: Rubin de Terris.

Por no sé qué sospechas de complicidad en los últimos sucesos, han sido presas algunas personas en Valladolid y Alicante.

—¡Hola! ¿si andará el general Hoyos visitando nuestras provincias?

Según dice un periódico, parece que no tendremos el mes de mayo carreras de caballos.

—¡Claro! ¡como que las tuvimos en enero!

Primavera de la Union,
bonita suerte te aguarda,
si los Ríos y las Rosas
ya te vuelven las espaldas.
Primavera de la Union,
Dios te dé lo que te falta.

La Lealtad, refiriéndose á los Principados Danubianos, dice lo siguiente:

«Necesitan elegir diputados constituyentes, y además un rey que los dirija, que podrá ser (parodiando una célebre frase), ó un trozo de madera seca que los deje en la anarquía, ó un gran culebron que los aplaste.»

¡Ojo!

El gobierno padece el Don Antonio,
dolencia que no cura ni el demonio.

Del dinero que venia á España de Marruecos, parece que se han extraviado diez mil duros en la travesía.

Yo le pregunto á la Union:

—¿Se los tragó un tiburón?

Parece que los burgaleses han apedreado la casa de su paisano Alonso Martinez.

¡Ingratos! ¿Cuándo tendrán otro actor como él?

De los datos presentados por el Sr. Figuerola en el Congreso, tratando de la cuestión del ejército, resulta que hay en España 11.500 asistentes.

¡Felices tiempos aquellos de D. Pedro el Cruel, en que no había más Asistente que el de Sevilla!

Se ha suspendido últimamente, y después de estar ya anunciada, la venta de la Torre del Oro.

La causa de esta suspensión, parece que ha sido el haberse enterado que la tal Torre no es de oro, sino de ladrillo.

Por yo no sé qué esceso de calibre,
Medina (don Tristan) se hizo hombre libre;
tuvo después un cólico,
y acabó por volverse muy católico.
Y dijo un liberal que no era lerdo:
—¡Pues valiente presbitero me pierdo!

Dicen los periódicos que han aparecido en Madrid algunos pasquines con este letrero:

«Desgraciado de aquel que no proteja á su pueblo.»

Con este motivo, el diputado ministerial Sr. Romero Robledo ha preguntado á su pueblo si falta alguno por colocar.

La comisión del Congreso deja vigente el primer artículo del proyecto de ley de imprenta, por el cual se inhabilita el editor en cuanto se dicte auto de prisión contra él.

Damos la enhorabuena á los moderados.

Ellos heredarán el poder, y harán uso de ese artículo contra los periódicos vicalvaristas.

Al primero que entonces se queje, le doy un palo.

El maestro Barbieri dirigirá los magníficos conciertos que se anuncian en el Circo del Príncipe Alfonso.

En estas solfas no tomarán parte los guardias veteranos.

Se ha decomisado en Cuba
una carga de bozales;
si Hoyos lo llega á saber
cuando mandaba, los trae.

Hemos visto la primera entrega de *La Buena Madre*, novela del antiguo demócrata D. Manuel Fernandez y Gonzalez, dedicada á la reina y á su esposo el rey.

El editor de esta obra, haciendo su elogio antes que el público, dice que la imprenta debe apresurarse á hacerle los honores: ¡Chin, chin, charrin-chin!...

Con este motivo, le planta unos dibujos con colores de almazarrón, que tiran al arte de espaldas.

Si estos son los honores que merece la tal obra, hará bien el público en no suscribirse.

La verdad es que el editor está escamati con *La Buena Madre*.

Para enterrar á la Union
Silvela encendió su vela,
y para meterla en caja
Acuña la cuña aprieta.
Agua le niegan sus Ríos
y en el tesoro la encuentra;
¿cómo ha de tener remedio
si se ha eclipsado su Estrella?

No es lo malo que se denuncie á los periódicos. Esto parece una paradoja; pero sepase que lo peor es que con estas denuncias se dé tono al gobierno.

En altas regiones, allá en el sereno Olimpo de los Senadores, cada vez que se anuncia un percance de estos, exclama alguno de los ancianos inviolables:

—Hombre, bien; esto ya es gobernar.

He aquí lo malo, lo peor, lo grande del asunto.

Es decir que, entre otras razones, se nos denuncia también para dar gusto á esos señores.

¡Pues que la gozen!

Pronto hará un viaje por los aires Mme. Poitevin. Si se espera algunos días, podrá llevarse al ministerio. No es mal lastre. Pesa como un condenado.

Mi amigo Camprodon dice á sus electores que disiente de la marcha seguida por la Union...

¡Muy bien por el señor de Camprodon!

Y añade más abajo, que él fué hasta lo presente la sombra de Leopoldo el presidente; es decir, que sin sombra está la Union...

¡Muy bien por el señor de Camprodon!

Con esto de saber el mundo acaba, que aquellos disparates que decía en todas sus zarzuelas, los debía al cuerpo que tal sombra proyectaba en el templo inmortal de Calderon...

¡Muy bien por el señor de Camprodon!

La verdad, tengo miedo que don Leopoldo, ya desasombrado, diga con Carolina Coronado:

—Se va mi sombra, pero yo me quedo.

Aun así me consuela:

¿Qué es O'Donnell sin sombra? Una vision, teatro sin zarzuela, orquesta sin violon...

¡Muy bien por el señor de Camprodon!

La Union liberal va á tener dinero, y va á tenerlo por su conducto más natural.

Por el canal de la Mancha.

Hemos notado que no sale el periódico *La Dinastia*.

¡Vea Vd. qué lástima, un periódico que nos cuesta ya dos denuncias!

Mal hice yo en poner mi cariño en él.

El Banco nuevo.

Libre España, feliz é independiente, se abrió al dinero inglés incautamente, dieron estos millores dinero de la Union á los señores, y el comercio afectando siguió Alonso Martinez estudiando.

Y un nuevo Banco formó que tiene más de cien patas, en cuya Caja se entró... pero metiéndose á gatas.

Otro contrabando de negros se ha cogido en la Habana. Nada ménos que cuatrocientos morenos llevaban de Africa embanastados para elaborar el café y la azúcar.

A esto se llama la trata:
¡vaya un modo de tratar!
Ni que fueran periodistas
bajo la Union liberal.

El Reino se coloca resueltamente en las filas de los disidentes.

Sus artículos sobre el proyecto de ley de imprenta no tienen vuelta de hoja.

Lo que tiene siempre vuelta de hoja es la palabra del señor Posada Herrera.

Gilblasiana.

Ayer me ha visitado una señora
protegida por tí;
es mujer, es anciana, sufre y llora;
yo limosna le di.

Si cual hoy pagas, pagarás mañana
al que des proteccion,
hago yo bien en no querer, serrana,
de tí... ¡ni el corazón!

GALERÍA DE CONTEMPORÁNEOS.

Número 31.

La patria de Peláyo y de Favila fué la patria también de este sugeto; vino á Madrid, y hablando á lo paleta, en la gente de Asturias se hizo fila.

Según en cierto círculo se estila, buscó de una influencia el amuleto, y un conde, cuya historia yo respeto, le bautizó de sabio siendo un lila.

Ministro y diplomático famoso fué luego en ocasiones diferentes, y en casi todas ellas hizo el oso.

Jamás para reir mostró sus dientes, pasa por hábil, y aunque no es gracioso, hace reir muchísimo á las gentes.

EDITOR RESPONSABLE, D. LORENZO GUTIERREZ.

MADRID: 1866.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 12.